

APPENDIX III.

NORMAE PRO "RELATIONE TRIENNALI" AD SACRAM CONGREGATIONEM DE SEMINARIIS ET STUDIORUM UNIVERSITATIBUS, SECUNDUM ART. 4 ORDINATIONUM, MITTENDA.

Quattuor partes distinguantur: *scientifica, didactica, moralis, oeconomica*. De singulis haec referri debent:

1. — Incrementa quae scholis, bibliothecis, institutis et laboratoriis scientificis allata sint; quid Universitas vel Facultas ad scientiarum incrementum contulerit; quae opera vel dissertationes sive a Professoribus, sive ab aliis, auspice tamen Universitate vel Facultate, edita sint.
 2. — Quae calendaria et scholarum programmata Universitas vel Facultas secuta sit.
 3. — Quae sive ad Professorum sive ad auditorum statum spectent.
 4. — Ratio accepti et expensi superioris triennii.
-

LA SABIDURIA EN PROV. 8, 22-31

Bien conocida es de todos la cuestión que de antiguo y hasta nuestros mismos días se controvierte sobre la verdadera índole de la sabiduría en los llamados libros sapienciales. Dejando a un lado otros muchos aspectos del problema, vengamos sin más al punto culminante: ¿En *Prov.* 8,22-31, se trata de una mera personificación poética, o bien de hipóstasis, de persona propiamente dicha? La gran mayoría de autores se decide por el segundo miembro. No faltan, con todo, aun entre los católicos, quienes no descubren en el texto citado—por lo menos en su sentido literal—otra cosa que su personificación poética.

Su principal argumento es la homogeneidad de los múltiples pasajes en *Prov.* En todos ellos, del principio hasta el fin, convienen los intérpretes en que se trata de la sabiduría poéticamente personificada, ni más ni menos que como se personifica la señora estupidez en 9, 13-18. Ni se exceptúan de esta regla general dos porciones del mismo capítulo 8, la primera (v. 1-21) y la tercera (v. 32-36). ¿Cómo admitir que el autor, habiendo hablado constantemente hasta el cap. 8,21 de

una sabiduría, pase de repente a hablar de otra totalmente distinta en solos diez vv. (22-31), para volver luego a hablar de la primera, y únicamente de la primera en lo que resta del capítulo y de todo el libro? El pasaje, pues, de 8,22-31 debe interpretarse en armonía con los demás del libro, que son, como se ve, la inmensa mayoría. Es ésta, sencillamente, regla elemental de buena exégesis.

Los contrincantes—por lo menos algunos, que, cierto, no los hemos visto todos—niegan en redondo que exista esa pretendida homogeneidad; afirman que 8,22-31 se distingue notablemente de todo lo demás, y que precisamente esta marcada diferencia, que no puede dejar de advertir el lector menos atento, es el más claro indicio de que se trata de dos sabidurías de todo punto distintas entre sí. En los demás pasajes la sabiduría es siempre de carácter práctico; excita los hombres a obrar el bien y apartarse del mal, carácter que también reviste la estupidez personificada. Por el contrario, en *Prov.* 8,22-31 se respira un ambiente de todo en todo distinto. Nada de amonestación, nada que se refiera a la conducta práctica de los hombres. La sabiduría revela su origen y la parte que le cupo en la creación del mundo. Evidentemente, tal manera de hablar cae fuera del contexto del libro. Salta a la vista la heterogeneidad entre este pasaje y los demás; y esto es lo que nos autoriza, es más, nos obliga a decir que en él se trata de una sabiduría del todo distinta, de verdadera hipóstasis.

Sólo que esta respuesta, al parecer triunfante, adolece, a nuestro juicio, de un grave defecto; y es no tener en cuenta que el carácter no práctico de la sabiduría en 8,22-31 depende, o al menos puede depender, del contenido mismo del pasaje, es decir no de la diversa índole de la sabiduría, sino sencillamente del diverso *aspecto* bajo el cual la considera el autor. En los demás pasajes, la sabiduría poéticamente personificada interviene en el mundo dirigiendo la conducta de los hombres. En 8,22-31, la misma sabiduría nos manifiesta su origen y su actividad cósmica. Es claro que aquí, en un mundo completamente distinto del mundo moral, no había lugar para la exhortación. La diferencia, pues, de carácter, por acentuada que sea, no puede invocarse como prueba de que la sabiduría que habla en 8,22-31 sea distinta de la que había hablado antes y que seguirá hablando después.

Pues entonces, ¿diremos que en 8,22-31 no se ha de ver sino una personificación poética de la sabiduría creada, ni más ni menos que en los demás pasajes, sólo que en aquél hay más alto vuelo y más

atrevido lirismo? En ninguna manera. Nosotros creemos que la respuesta dada por la gran mayoría de los intérpretes que en 8,22-31 se trata de hipóstasis es justa y verdadera; pero decimos al mismo tiempo que existe homogeneidad en todas las partes del libro, y que, por tanto, 8,22-31 se halla dentro de su propio contexto. Este es el punto que quisiéramos declarar.

Nadie negará que Dios pueda en un momento dado embestir, por decirlo así, la mente del hagiógrafo, y esclarecerla con iluminación súbita que le abra por unos momentos horizontes antes desconocidos. Ya no es sólo inspiración: hay revelación. Y así se explican, por ejemplo, ciertas intuiciones de los Salmistas, ciertas frases cuya plenitud de contenido no ha de medirse por el grado de cultura intelectual en los contemporáneos del autor. Pero estos que pudiéramos llamar vuelos excepcionales, que de repente y sin preparación alguna parecen romper con el ambiente en que ordinariamente se mueve el hagiógrafo, no creemos que en buena exégesis deban admitirse si no es cuando el pasaje bíblico no es susceptible de explicación satisfactoria en la hipótesis de un enlace orgánico con el contexto así próximo como remoto. Este enlace existe, a nuestro juicio, en *Proverbios*.

El autor del libro o parte del libro, no distingue dos sabidurías, una divina y otra humana. Para él no hay sino una sabiduría: la divina; pero que tiene sus manifestaciones en el hombre, que en cierto modo se humana. Es, si así es permitido hablar, sabiduría divina *humana*. La sabiduría tiene su fuente en Dios, reside en Dios; pero sus irradiaciones llegan hasta el hombre, y aun penetran toda la creación. ¿No es ésta la idea de *Eccli. 24*?

Tampoco hay dos sabidurías, cósmica y ética. Es una sola sabiduría que ejerce su actividad en el mundo moral y en el mundo físico. Y como el autor se interesa más por la sabiduría práctica que por la especulativa, como a sus ojos la manera cómo los hombres se mueven hacia su fin, que es Dios, tiene infinitamente mayor importancia que el modo cómo los astros giran en el firmamento, es natural que con preferencia nos presente a la sabiduría ejerciendo su actividad entre los hombres, exhortándolos al bien y previniéndolos contra el mal.

Cuando, pues, el hagiógrafo en 8,22-31, como abandonando la tierra, se levanta a regiones superiores, y penetrando en las profundidades de la divinidad describe el origen de la sabiduría, esta sabiduría no es distinta de la que nos presentó en los capítulos precedentes. Sólo

que antes se había detenido en los arroyuelos; ahora sube al ojo mismo de la fuente. Pero el agua es la misma. Era de esperar que de esta sabiduría, que despliega su actividad en el mundo moral, nos mostrase el autor, en un momento dado, su origen, la fuente de donde nace. Y por ahí se ve cómo entre 8,22-31 y lo que precede no hay solución de continuidad; el paso es natural; entre los dos términos existe obvio enlace psicológico en el ánimo del autor.

La sabiduría aparece existente en Dios desde toda la eternidad. Ella es, por tanto, anterior a cuanto hay de creado. Antes que se desplegaran los cielos, antes que se fundara la tierra, ella era ya. Esta preexistencia sugiere espontáneamente una pregunta: ¿Como la sabiduría trabaja ahora de continuo en el ordenamiento del mundo moral, tuvo ella parte también en la creación del mundo físico? A esta pregunta responde el autor precisamente dentro del mismo pasaje 8,22-31. De ahí aparece cómo la consideración de la actividad cósmica de la sabiduría brota del concepto de su preexistencia y tiene un cierto enlace con su actividad moral. De donde justamente concluimos que 8,22-31 no es un bloque errático dentro del libro de los *Proverbios*, sino un miembro—el más noble—de ese cuerpo de doctrina, cuyas partes están armónicamente enlazadas entre sí.

Evidentemente, esta unidad en ningún modo se opone a que en la generalidad de los pasajes veamos nada más que una personificación poética, y en 8,22-31 descubramos una hipóstasis propiamente dicha. Que tal hipóstasis existe, no hemos de probarlo aquí; lo damos por supuesto, y remitimos al lector a los numerosos autores que de ello tratan. Nuestro objeto era mostrar cómo puede sostenerse la homogeneidad de todos los pasajes, y hacer ver la íntima relación de 8,22-31 con todo el resto de *Proverbios*.

Otros puntos más o menos relacionados con el que acabamos de tratar son de importancia secundaria, ni ofrecen especial dificultad.

Que los judíos de aquel entonces no alcanzaron el profundo sentido del pasaje, es indudable.

Que el hagiógrafo lo entrevió, muchos lo tienen por probable, y nosotros lo consideramos como cierto. Su manera de hablar, la espléndida descripción de la sabiduría, de sus atributos, no es posible que brotaran de su pluma sin que él mismo vislumbrara algo de la realidad que allí se ocultaba. Pero *vislumbrar*; que el sentido pleno no pareciera lo penetrara.

Este sentido pleno, reservado por entonces a Dios, y que el autor secundario sólo entreveía, es sentido verdaderamente literal (1). No es típico, ni tampoco ha de llamarse *espiritual*, calificativo vago, y que de nada sirve sino para introducir confusión en las ideas.

Es verdad que para descubrir el sentido íntimo del texto fué preciso mirarlo a la luz del Nuevo Testamento. Pero esta luz no es revelación del sentido típico, sino iluminación del pasaje, gracias a la cual vemos bien definido y en sus bien delineados contornos lo que no aparecía sino borroso y entre sombras. Pero esto, empero, que antes se veía oscuro y ahora claro, es el sentido que está inmediatamente debajo de la letra, que "inest litterae" (2)

Ni tampoco es exacto, o por lo menos oportuno, decir que tal sentido es dogmático, pero no histórico y crítico. Tales distinciones, en nuestro caso, no hacen sino crear una cierta confusión. El sentido está en realidad expresado por las palabras del texto; pero ellas son tales que para verlo con claridad hace falta acudir a otros medios, por ejemplo, a otros pasajes posteriores, la tradición, etc. Lo que observa LEÓN XIII en la encíclica *Providentissimus Deus*: "Eorum (e. d. los libros sagrados) enim verbis, auctore Spiritu sancto, res multae subiiciuntur, quae humanae vim aciemque rationis longissime vincunt, divina scilicet mysteria et quae cum illis continentur alia multa; idque nonnumquam ampliore (3) quadam et reconditiore sententia, quam exprimere littera et hermeneuticae leges indicare videantur" (4) No quiere decir el Pontífice que este sentido recóndito en ningún modo esté expresado por la letra, sino que, hallándose en realidad expresado por éste, parece, empero, ir más allá de la expresión misma. Es el llamado *sensus plenior*, que frecuentemente se encuentra en las profecías.

ANDRÉS FERNÁNDEZ

Jerusalén.

(1) Cf. *Institutiones Bibliae*³, I. IV, n. 82, p. 393 s.

(2) Cf. *Ibidem*, n. 79, p. 390 s.

(3) El cursivo es nuestro.

(4) F. CAVALLERA, *Thesaurus doctrinae catholicae ex documentis magistrorum ecclesiastici*. Parisiis, 1920, n. 71. Cf. *Institutiones Bibliae*³ I. IV n. 82, p. 393.